

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACION QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

JUANITO Y SU CARTA

Juanito con su pelo rubio y rizado, sus ojos azules, grandes, alegres y expresivos, y su inocente sonrisita, era uno de esos niños simpáticos á simple vista y que atraen aun sin ser conocidos. Llevaba una enorme boina parda que heredó de su abuelo, un pantalón roto por muchas partes, la blusa compuesta con retazos de distintos colores, y los zapatos que parecían hechos para otros piés.

Juanito, acosado por el hambre, pues hacía más de cuarenta horas que no comía; yerto su delicado cuerpecito por las inelencencias de una tarde cruel de Marzo; triste y desamparado, sin saber qué hacer ni á quién pedir el remedio de sus desventuras, se decidió á escribir una carta.

—¡Ah! ésta carta, se decía Juanito (que no sabía leer y escribir), remediará mi angustiada situación: la mandaré escribir y la echaré en el estanco para que llegue hoy mismo á su destino.

El señor Paco, estanquero de la esquina, era un pobre sujeto, antiguo militar, que por los azares de la fortuna se veía privado de todo recurso, habiendo llegado á perder hasta la esperanza en Dios y el tesoro de la fe que sus buenos padres depositaron en su corazón cuando era niño.

Juanito titubeaba, se aproximaba al estanco; pero marcha tembloroso, como si el aspecto de D. Paco, que fumaba en pipa su acostumbrado puro cuartelero, le infundiese terror. Por fin se resuelve; entra, saluda al estanquero con su angelical sonrisita, y dice con la mayor sencillez:

—Vengo, señor estanquero, á que me escriba una carta.

—Di, chico: ¿por ventura eres hijo de militar?

—No, señor; yo soy hijo de mi mamá, que está sola....

—Bueno, pero di: ¿me pagarás los diez céntimos que cuesta? ¿O no tienes dinero?

—¡Oh, no, yo no tengo nada!

—Y tu madre, ¿tampoco tiene?

—Mi madre tampoco.

—De suerte que vas á escribir una carta....

—Pidiendo pan, señor estanquero.

—Adelante, dijo el señor Paco; por escribir diez líneas y gastar medio

pliego de papel no he de ser más pobre... Estamos á 12.

El señor Paco escribe con su bonita letra de cabo furriel:

«Madrid. 12 de Marzo de 1903.»

—Vamos, ¿qué escribo? «Al señor...» ¿Cómo se llama?

—Se llama...

—Pero qué señor es ese?... ¿Es el que ha de mandarte pan?

—Sí, pero no es un señor...

—¡Ah! ¡Bah!..... ¿Será una señora, entonces?

—Sí... No .. Es decir...

—Sí; es decir, que ni tu mismo sabes á quién vas á escribir.

—¡Oh! Yo si que lo sé, contestó el niño.

—Pues dílo y despacha.

Juanito estaba encarnado como una amapola.

Por último, se decidió á manifestarlo y dijo:

—Quería escribir, señor estanquero, á la Virgen.

—Chiquillo, repuso el viejo militar en tonos poco dulces, supongo que no tratarás de divertirte con un anciano. Eres muy niño... Por eso no te pego un bofetón... Oye mequetrefe, por la puerta se va á la calle...

El niño se echó á llorar, y ya salía cuando el estanquero, convencido de la sinceridad de sus lágrimas, le detuvo diciéndole:

—Vamos, termina: ¿qué quieres decir á la Virgen?...

—Yo quiero decirle... quiero decirle... que mi mamá duerme desde ayer tarde y desaría que la despertara.

El corazón del viejo soldado se estremeció profundamente; ahora lo comprendía todo. Sin embargo, se decide á interrogarle con más cariño:

—Dime: ¿por qué hablas de pan á todas horas?

—Señor, porque lo necesito. Antes de dormirme mi mamá me dió el último pedazo.

—Y ella, ¿qué había comido?

—Nada. Ella me decía á mi: «Toma pan, hijo mio; yo no tengo hambre.»

—¿Y qué has hecho cuando quisiste despertarla?

—Hice como los demás dias, darla un beso.

—¿Y respiraba?

—Juanito se sonrió con su simpática sonrisita, contestando:

—Yo no sé responder á V.... Creo que no... Pero ¿mi madre respiraba siempre?

El corazón del antiguo soldado se inundó de inmensa ternura y sus ojos se inundaron de muchas lágrimas. Aquel niño, sin comparación más desgraciado que él, estaba ejerciendo en su alma una influencia misteriosa.

—Hijo mio, cuando le diste el beso. ¿nada observaste?

—Si: estaba fria... En mi casa hace mucho frio...

—Y ella temblaba, ¿no es verdad?

—¡Oh, no; ella estaba muy hermosa!... Tenia las manos sobre el pecho, y más blancas... Tenia la cabeza sobre el almohadón, un poco inclinada, y sus ojos, medio cerrados, parecían mirar al cielo...

—¡Ven, hijo mio, ven á mis rodillas! Tu carta ha sido escrita, enviada y recibida.

—Pero ¿por qué lloras? dijo el niño. ¿Es que los hombres lloran?

—No, angelito del cielo; si no lloro... ¿Quieres tú llorar, pobre Juanito?

—Si, señor, yo también quiero llorar...

—¿Por qué, hijo mio? ¿Por qué quieres llorar?

—Yo no sé, señor estanquero...

—Sabe, inocente criatura, que desde hoy te amo con toda mi alma. Mira esa imágen de la Virgen, á quien yo antes acudia como tú, pero que después olvidé. Por ti, hijo mio, ella ha cambiado mi corazón. Yo estaré siempre contigo, infeliz criatura; pues tu carta, que no fué escrita, ha producido dos efectos: la Virgen te ha dado un padre, que seré yo...; tu madre ha muerto; y á mi querido hijo mio, me ha dado un corazón.

J. MONTERO.



EL JUGADOR

Sin Dios, porque le olvida en su locura; sin ley, porque atraído la vulnera; sin hogar, porque ¡infame! le perdiera; sin hijos, porque pan nos les procura.

Sin salud porque tiene calentura; sin fe, porque del cielo desespera; tal es del jugador la verdadera imponente, fatídica figura.

Vedle: llega al tapete; su atonía en sorda excitación se cambia luego; late su corazón con fúria impía; ¡ay! se siente morir; olas de fuego azotan su cerebro... y todavía con cavernosa voz exclama: ¡Juego!

José Zorrilla

CHARLA

—Coime, mucho coraje me dá de estos periódicos que después de anunciar con bombo y platillos la gran manifestación que la masa anticlerical iba á celebrar en honor del gran Mendizabal, ante su *estauta* el 28 de Julio en la plaza del *Pogreso*, vino á reducirse la cosa á *ná* á los cuatro *descursos* resabidos y bobos y á la asistencia de media docena ó una de golfos afanosos de bullanga y demás que cayera después. Lo que es que bien nos toman el pelo á unos cuantos *primos* estos papeles.

—Y no obstante, nunca os dais por avisados.

—Como decían que la *opinión pública* pedía ansiosa este *ato* á Mendizabal...; que prometía, á juzgar por los preparativos, ser imponente...; que cuantos desean las reformas radicales acudirían para hacer más fuerza...; y que hasta el señor gobernador había dado todas las facilidades para el caso, yo ya me estaba temiendo la gorda, el acabóse, pero ¡qué chasco nos han dado!

—Sí, el caudaloso río anticlerical se convirtió en manso arroyuelo, la *opinión pública*, en la de cuatro *mercaderes de la pluma*, el país que pide reformas radicales, en cuatro desocupados ganosos de ruido y saqueos. Más, á pesar de este desengaño ¿crees tú que el público *rotativo* dejará de ser... *rotativo*?

—No, pues á mi no me la pegan más, estoy hartos ya de *infladuras de perro*; cuando les oiga gritar á esos papeles, señores que el clericalismo tal y el clericalismo cual, que la cuestión religiosa se presenta amenazadora... me diré yó para mi chaqueta de mahón: «á mí no me la dais, pejes, os conozco, vosotros vivís de esos ruidos como yo vivo de mi trabajo y lo que queréis es alborotarnos la cabeza á nosotros los trabajadores honrados para haceros el caldo gordo...

—¡Si siempre fueras así de razonable!

—En resumidas cuentas, ese Mendizabal ¿quién fué?

—Un ministro que padeció España allá por los años treinta y tantos, no recuerdo bien, y que se hizo famoso por su ley de desamortización.

—¿Y qué fué eso?

—Eso fué un «inmenso latrocinio» un «conjunto de lesiones enormísimas», según Menéndez Pelayo; un «atropello indigno», según el mismo Pí y Margall, que ni aprovechó á la Nación ni remedió ninguna necesidad del Estado, pero sí enriqueció á muchísima gente codiciosa.

—¿.....?

—Veré de explicártelo más claro para que te enteres y juzgues.

La Iglesia poseía cuantiosos bienes con los mejores derechos de propiedad. Con estos bienes atendía la Iglesia española á los gastos de culto y clero, sin recibir (por supuesto) un

solo maravedis del Estado; antes bien ayudaba al Estado pagándole una grandísima contribución de más de 60 por 100, daba pensiones á seis universidades y á muchísimos colegios para que la enseñanza fuese enteramente gratuita; sostenía 101 establecimientos de Beneficencia y 2.166 hospitales; repartía numerosas dotes y socorría á innumerables huérfanos, viudas y obreros sin trabajo. ¿Qué te parece.. podían estar mejor empleados aquellos bienes?

—¿Pues porqué se los quitó Mendizabal? ¿Sería (como dicen) para desamortizarlos, es decir, para sacarlos de manos muertas, y pasarlos á manos vivas que los hiciesen lucrar más en beneficio de la patria?

—¡Ojalá que lo hubiese hecho para eso! Porque aunque fuese un robo al menos hubiera sido un robo provechoso á la nación. Pero no fué este el intento de Mendizabal, sino el que él mismo notificó descaradamente en el preámbulo de su infame decreto, por estas palabras:

«No se trata, dice de una especulación mercantil, ni de una operación de crédito, sino de crear en España una numerosa familia de propietarios, cuyos goces y existencias se apoyen principalmente en el triunfo completo de las actuales instituciones.» Como si dijera (hablando más claro): No trato de reponer el erario público ni de aumentar el crédito del Estado, ni mucho menos de sacar de apuros al pueblo trabajador, sino de enriquecer á muchos liberales, y atraer á muchos otros al partido liberal, para que sea un partido más numeroso y fuerte que hasta ahora.

Por esta causa, aquellos bienes de la Iglesia no se vendieron, sino que más bien se regalaron.

—Ahora comprendo bien porqué tanto *vividor* honra á Mendizabal. *Dimme á quien honras y te diré quien eres y lo que quieres*? Y no hubo nada para la nación y para el pueblo?

—Absolutamente nada. De aquel inmenso desbarate (dice Menéndez Pelayo) nada ganó el Estado; los únicos que quedaron gananciosos, no fueron los propietarios y agricultores españoles, sino una turba aventurera de agiotistas y jugadores de Bolsa, que sin la caridad de los antiguos dueños, y atentos solo á esquilmar la tierra invadida, en nada remediaron la despoblación, la incultura y miseria de los colonos, antes andando el tiempo han llegado á suscitar el terrible espectro de la *Cuestión social*, no conocido antes, ni aun de lejos y por vislumbres en España, ¿Entiendes ahora como Mendizabal no pensó en el pueblo, sino para echarlo contra la esquina?

Quedáronse los liberales con todo el patrimonio de la Iglesia, y dijeron: Ya no tiene la Iglesia aquel capital que producía 240 millones. ¿Quién la sustentará? Pues carguemos al pueblo siquiera un presupuesto de 44 millones para el culto y el clero,

y confórmense los curas y vicarios á vivir como puedan, y ladre el pueblo contra ellos, ya que ha de sustentarlos.

Quedáronse los liberales con los bienes y rentas de las universidades, y dijeron: ¿Quién las sostiene ahora? Pues que las sostenga también el pueblo. y pague además matriculas de examen. libros, programas y títulos universitarios: y si los pobres no pueden pagar todo esto, que tomen una azada para destripar terrones, ó una espuerta para recoger estiércol.

Quedáronse los liberales con el capital del que la Iglesia pagaba al Estado un 60 por ciento; y dijeron: ¿De dónde sacamos ahora esta enorme contribución tan necesaria? Pues que la pague todita el pueblo: y en efecto se la cargaron, pero tan pesada, que desde entonces jamás ha podido resolverse.

Quedáronse asimismo el presupuesto con que la Iglesia sostenía las Casas de Beneficencia y los hospitales; y dijeron: ¿Cómo proveemos ahora estas necesidades tan apremiantes? Pues echemos más contribuciones y más impuestos de consumos sobre el pueblo, y suprimamos las comodidades y regalos en esos establecimientos, ya que son moradas de la miseria y del dolor.

Quedáronse hasta los fondos que la Iglesia destinaba á los pobres sin trabajo, á los huérfanos y á las viudas, y dijeron: ¿Quién acude ahora á estos miserables? Pues que se arreglen como puedan, y si no pueden, que se peguen un tiro, ó se echen al mar si no tienen revólver.

Esta es, la verdadera historia de la obra de Mendizabal.

—¿Pero cómo no protestó el pueblo contra tamaña iniquidad, con un grito que hiciese temblar las *calumnias* de Hércules?

—¡Oh! Tienen mucha gramática parada los liberales para gobernar las pasiones del pueblo. Para que el pueblo no los despedaze con los dientes, ¿sabes qué hicieron? Le azuzaron más y más contra los frailes y curas. ¡A ellos! dijeron, ¡á ellos! que son unos mónstruos de la humanidad. Y comenzaron á inventar esas terribles escenas de una inquisición que jamás ha existido, y á representar de mil maneras en los teatros horrendos espectáculos de víctimas, verdugos y suplicios de que nunca se había hablado hasta entonces; para que á fuerza de repetírselos millones de veces en dramas, novelas y periódicos, el pueblo los creyese, y creyéndolos concibiese un odio entrañable á la Iglesia, y se resignase á pagar contribuciones y consumos y callase, y hasta reverenciase á Mendizabal como al héroe más benemérito de la patria.

Así sugestionaron al pueblo los liberales. Pero el día en que el pueblo español vea todo el horror de la obra de Mendizabal, derrocará de su pedestal la estatua del autor del gran

latrocinio, á quien solo pueden mirar con buenos ojos los hijos de aquella camada liberal que él engordó; pero no el pueblo español, que ni á él ni á ellos les debe nada, sinó su opresión, su ruina y su miseria.

¡QUÉ COSAS!

«Los empleados que publiquen libros inmorales perderán su empleo; los particulares que incurran en igual delito, serán condenados á recibir cien palos y ser desterrados á 50 kilómetros del lugar donde vivan: los vendedores recibirán cien palos y sufrirán tres años de destierro, y los compradores recibirán igual castigo corporal. Dentro del plazo de los treinta días posteriores á la publicación de dicha orden deberán ser destruidos todos los ejemplares de obras inmorales y quemados los que estén imprimiéndose.»

—¡Ya ve V., ya ve V. qué ley mas tiránica; solo en España, país clerical y atrasado por excelencia, se pregonan y autorizan estas cosas!

—So... siéguese V. hombre. si esta ley reciente no ha sido dada en España sino en la China septentrional, provincia de Kiangsu, vamos en un país que ni es clerical ni católico siquiera... pero que por lo visto demuestra tener sentido común, y decencia.

—Bueno, adios que llevo prisa.
—Vaya V. con Dios y que no se le indigeste la orden china, me alegraré.

LABOR GUBERNATIVA

—¿Señor Ministro?
—Estoy muy ocupado.
—Representamos la agricultura, y venimos...
—Ya, ya; tienen ustedes mucha razón.
—Mire V. E. que caminamos á la ruina.
—Todo se arreglará; miren ustedes, pronto tendrán ustedes libertad de cultos y el matrimonio civil.
—Pero; si nosotros no pedimos nada de eso...
—Si, pero la opinión...

*
—¿Señor Ministro?
—Estoy que no puedo más.
—Lo comprendemos, pero nosotros tampoco podemos más. Esto de los libros de texto es un escándalo, y hay que remediarlo.
—Tienen ustedes mucha razón, y el gobierno se preocupa de ello. Pronto tendrán ustedes separación de la Iglesia y del Estado.
—Pero si lo que nosotros pedimos es separación de la cátedra y del catedrático cuando éste abusa ignominiosamente en su puesto.
—Si, pero la opinión...

*
—Señor Ministro?
—Estoy mareado.
—Por Dios, que están cerrándose varias fábricas, y se cerrarán todas, si...
—Pierdan cuidado, estoy con la masa en las manos y pronto...
—Pero tiene que ser muy pronto, porque si no todo se lo lleva la trampa.
—Enseguida, enseguida; por primera providencia vamos á secularizar los cementerios, y luego...

—¿Pero .. quiere V. E. enterrarnos antes de tiempo?

—No; pero lo exige la opinión.

—Señor Ministro? *

—¡Ola, señores, siéntense. —Repárese puros.

(Los que entran y se sientan son periodistas, cesantes, sablistas, golfos que firman y cobran nóminas sin prestar servicio alguno) ¿Qué hay?

—Que la opinión, cuya más legítima representación ostentamos, está muy indignada contra esta inverosímil lentitud del Gobierno en sus reformas democráticas.

—Pero si ustedes no saben las dificultades con que se tropieza.

—Se pasa por todo, y antes que nada es la democracia. Vengan cuanto antes esas reformas; no podemos seguir atados al carro del clericalismo.

—Vamos, vamos, todo tiene arreglo en este mundo. ¿Ustedes querrán alguna nómina más?

—Hombre, algo merecemos. Nuestro trabajo no se aprécia en su justo valor.

—Es verdad. Inmediatamente mandaré extender varios nombramientos á nombre de las personas que ustedes indiquen.

—Pero ya sabe qué clase de nombramientos, porque nosotros no podemos trabajar.

—Sí, sí; nada más que cobrar.

—Eso es; muy bien, señor Ministro, le damos las gracias en nombre de la opinión pública, y una vez más le encargamos que se inspire en ella si quiere gobernar con acierto.

X.

EL P. VICENT

(El gran Apóstol obrero)

Según noticias, está para llegar á Gijón el R. P. Vicent, el gran apóstol, el verdadero apóstol de los obreros; su influencia es á todas luces beneficiosa para el pueblo trabajador; allí donde él se halla queda siempre como recuerdo de su sabiduría y prodigiosa elocuencia una serie de instituciones provechosísimas para el obrero: díganlo Valencia, Madrid, Barcelona, etc., etc.; no, no hace como esos otros falsos apóstoles que tras de sí no dejan otra cosa que desengaños, tristezas, ruinas, pero oigamos lo que pluma mejor cortada que la nuestra dice del P. Vicent en un diario de la Corte:

«Es un hombre extraordinario. Su elocuencia no es la elocuencia de la retórica: es una conversación deliciosa entre su alma y el alma de los oyentes. No arrebatada, embelesada. De sus labios no manan las frases, sino la sinceridad. Es sencillo como el Maestro, y cuando se enardece un poco, no habla el tribuno, sino el Apóstol.

Ha recorrido casi toda Europa; ha leído casi todos los libros que tratan de la cuestión obrera. Conoce personalmente á muchos de sus autores. Ha visitado fábricas y talleres, y, después de todo ésto, ha hecho milagros. El no es un rey del acero, ni del petróleo, ni del bacalao: es un pobre Jesuita que va por el mundo predicando la verdad á los ricos y á los po-

bres. Más no predica solamente con palabras, no: sus palabras son sus fundaciones. Ha fundado Círculos de obreros, Cooperativas, Cajas de ahorro: todo lo que puede fundar un hombre de Cristo que no tiene dinero, pero que tiene una inmensa caridad y un corazón que no repara en obstáculos ni conoce las dificultades.

Es un sociólogo de veras: no es un dilettante de los que se usan por acá: sociólogos de oído, que, al levantarse un día por la mañana, se encontraron con la agradable noticia de que la opinión les habia declarado eminencias en ese ramo.

No: el P. Vicent no es una eminencia de real orden periodística. Ha ido por el mundo estudiando la enfermedad social en vivo. Es clinico y es anatómico, porque asiste á los pacientes y hace la disección de sus necesidades y de sus dolores, y sabe cuál es la entraña que tienen podrida los ricos, y cuál es la parte de sangre envenenada que tienen los pobres.

En una ocasión supo que cierto individuo de un pueblo—el individuo se llamaba *banquero* para disimular su condición de prestamista—se habia hecho dueño de noventa y dos casas por medios usurarios. El padre Vicent, desde el púlpito, le soltó esta indirecta; alguien que me oye *ha robado* noventa y dos casas á sus vecinos.

Es difícil ser discípulo suyo. Para esto, habria que repartir los bienes entre los pobres, coger la cruz y seguirle, según el consejo de Jesucristo. ¿Y quién sigue á ese apóstol que no tiene un solo momento de su vida que no esté consagrado á resolver la cuestión magna, conforme á las enseñanzas de la Iglesia?

Sus palabras y sus obras son de una fecundidad muy distinta de la fecundidad de las palabras y las obras de los que miramos la cuestión desde lejos y la tratamos únicamente con los puntos de la pluma. El suele verse frente á frente de miles de obreros que no creen en Dios ni en el diablo, y que solo consideran fin último del hombre los goces posibles de la tierra. Y él, vestido con su sotana negra, les habla de lo justo y de lo injusto de sus pretensiones en el orden económico, del amor recíproco que debe unir á todos los hombres en Cristo sean de la condición que fueren, y de las obligaciones respectivas del capitalista y del obrero. Unos le atienden: otros no; pero él en seguida funda un Centro con los que le atienden, y allí desarrolla los principios de su sociología; y viene el ejemplo á dar cuerpo y vida á la palabra.

De los obreros del campo ha sacado mucho partido. El dice que si los capitalistas se pusieran á la cabeza de los obreros del campo, España podría salvarse. Pero, en cambio, los obreros de la ciudad son rebeldes á toda idea religiosa y moral. Ha penetrado en ellos el espíritu de la negación y

de la destrucción, y no hay manera de traerlos á mandamiento.

La atmósfera de las grandes ciudades es malsana. La propaganda libertaria y anarquista se hace constantemente entre los obreros que saben leer, y los libros de propaganda á precio reducido penetran en el hogar de los trabajadores de la ciudad, sin que la predicación del cura, á quien no conocen, ni la propaganda de los buenos libros, neutralice los efectos de la otra.

Algunos de nuestros propietarios y un número selecto, aunque reducido, de aristócratas, se han puesto ya en relación con los campesinos y hasta se han hecho industriales agrícolas.

Este sería el camino para oponer á la coalición obrera urbana bajo el mando de los anarquistas, una coalición obrera rústica bajo el mando de propietarios y capitalistas cristianos.

Hay que estar, ante todo, profundamente penetrado del espíritu de Cristo. Volvemos siempre al punto de partida: la justicia, el amor, es decir, Cristo inspirando á los unos y á los otros. Sin esto, no hay solución posible. La cooperación, el contrato de sociedad, las horas razonables de trabajo, la domesticidad de los servidores, la agremiación de las profesiones, todo esto debe estar como estaba antes, informado y vivificado por el soplo divino del Obrero de Nazareth.

Eso es lo que lleva en su palabra y en su acción el padre Vicent. Por eso deja huellas victoriosas por donde quiera que va. Funda y crea sobre sillares macizos de caridad cristiana. Sin ellos se vendrían abajo todas sus obras, porque el hombre tiende á desnaturalizarlo todo, á monopolizarlo para sus pasiones y sus egoísmos, aun las cosas que parecen más conformes con la equidad y con el propio interés.

El apóstol, después de muchos años de trabajo, continúa todavía en la brecha: ni la edad, ni el quebranto de la salud le rinden; pero llegará un día en que eso ha de concluir. ¿Quién sustituirá al apóstol? No serán nuestras eminencias de Ateneo: no será el Instituto de Reformas Sociales.

¿Qué pena tan grande si la dinastía de los padre Vicent se acabase en su primer soberano!

G.

EL USO DE LA SAL

Alguien preguntó: ¿Para qué puede servir la sal fuera de la alimentación?

Y le contestaron: Para muchas cosas. Si se quieren quitar las manchas del té, no hay más que frotarlas con sal. El resultado es inmediato.

Si no se tiene pasta dentífrica disponible, hay que recurrir también á la sal en polvo, que conserva los dientes blancos y las encías firmes y sonrosadas.

Si se siente dolor en el corazón, dos cucharadas de café con sal en un cuarto de agua tibia, constituyen un vomitivo eficaz.

La sal es un antídoto contra el envenenamiento producido por el nitrato de plata.

El agua salada es un excelente remedio para curar las enfermedades de los ojos.

Las estampas, humedecidas con agua y espolvoreadas de sal, conservan su color y toman brillo.

Con agua salada se limpian muy bien los pañuelos y las cintas de seda que se deben planchar húmedas, etc.

En resumen, nada es más enojoso que carecer de sal.

Y tan verdadero es esto, que á un autor novel le silbaron su primer sainete, porque no tenía sal... ática.

¿UN MILAGRO?

Desde Falces escriben á nuestro colega *Diario de Navarra*.

«En esta villa ha ocurrido un acontecimiento que ha llamado la atención de todo el vecindario.

El vecino de esta villa Lorenzo Ochoa Mendoza, que se encontraba postrado en cama hace 14 meses, el día de la Virgen del Carmen mostró deseos de asistir á la solemne función que en honor á la misma se celebraba en la parroquia.

Como es natural, la familia del enfermo se opuso á que éste saliera de casa y ante la insistencia del tullido hubo de ceder aquella: le prepararon dos muletas con las que con gran trabajo y mucho tiempo pudo llegar al templo.

Según espontánea manifestación de Lorenzo Ochoa, pidió de corazón á la Virgen que le curase ó le llevase á su lado.

De repente, sufrió una conmoción intensísima en el cuerpo hasta el extremo de que en la misma iglesia mostró deseos de andar; y conociendo su curación, cogió las muletas debajo del brazo y marchó á su casa por su pié, causando la admiración de todos los que lo presenciamos.

Lorenzo Ochoa se encuentra hoy tan ágil como si no hubiera estado enfermo é imposibilitado durante catorce meses, y pronto volverá á dedicarse á las faenas del campo que son sus ordinarias.

Dadas las circunstancias que concurren en esta curación, sólo puede atribuirse á milagro de la Virgen del Carmen, por la que el enfermo Lorenzo Ochoa tenía gran devoción.»

EL DEDO DE PLATA

(LEYENDA MARIANA)

Hace algún tiempo que se unieron con el santo vínculo del matrimonio, dos jóvenes artesanos de los que creen en Dios y en el trabajo, únicas cosas que no engañan. El fruto de bendición fué un hermoso niño de cabellos rubios como la madre y de ojos negros como el padre.

Al año ya correteaba por las habitaciones, y tan gracioso y travieso era el encanto de todos.

Trasteando en la canastilla de avios de coser, agarró una aguja de embastar con tan mala fortuna que se la clavó entera en el dedo.

Jázguese de la pesadumbre de la familia.

La herida tomó tan malas proporciones que hinchándose el brazo temía el médico un funesto desenlace.

Hasta indicó á los vecinos la conveniencia de una amputación.

Aplicáronle multitud de remedios case- ros, pero todos inútiles.

Un secretario de nacionalidad extranjera que habitaba la casa contigua les propuso como único remedio de curación lo condujesen á un espiritista amigo suyo para que con sus evocaciones encontrara la medicina salvadora.—Nunca—exclamó la afligida madre; donde lo llevaremos esta noche que es sábado y hay salve, es al templo de nuestra Santa Patrona á implorar su misericordia.

Y dicho y hecho, los esposos se dirigieron á la Iglesia.

Todo el camino fué el angelito llorando desconsoladamente; pero al prosternarse ante el altar mayor se quedó dormido.

Los padres rezaron en voz baja una salve mientras sus ojos clavados en la divina etigie derramaban lágrimas de pesar.

Y la Virgen oyó las súplicas de aquellas almas puras.

Al retirarse la madre mojó en la pila del agua bendita una estampa en tela de Ntra Sra. de las Augustias y envolvió con ella la mano del niño.

A los quince días el brazo estaba natural y en el dedito una pequeña línea morada era el signo del pasado daño.

Por eso en el manto de la adorada Virgen se ve un milagro de plata que representa un dedo infantil.

¡Benditos los que creen y esperan y bendita la fe de Cristo que nos sostiene en la tierra y nos abre después las puertas celestiales!

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.

(Granada.)

«El Amigo del Pobre»

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

- 200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. 7 pts. al mes
100 núms. (50 por quincena).. 4 » al »
50 » (25 » »).. 2 » al »
24 » (12 » »).. 1 » al »
10 » (5 » »).. 0'50 al »

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban, que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 28.

En Madrid, Librería de D. Enrique Hernández, Paz, 8.